



(Ruan.)

SERPIENTE DE MAR.

Los papeles americanos y el *Diario del Havre* han dado curiosos detalles sobre una enorme serpiente de mar que encontró el paquebot *el Havre* en la altura de las islas Azores; y Mr. Hown, otro de los pasajeros del buque en la travesía, ha suministrado recientemente datos que prueban la existencia de este monstruo marino. En los países en que se tiene poco conocimiento de la mar y sus fenómenos, no saben á qué atenerse, y dudan á veces de esta verdad, y muchas la miran como cuento de niños, que provoca á risa. Sério es sin embargo tamaño descubrimiento, y trataremos de demostrar el orden de los hechos que constan, revestidos de toda autenticidad por las diversas relaciones ya publicadas, y hasta por la crítica misma discutidas. Tamaños datos los consideramos tanto mas interesantes á la historia natural, cuanto que han visto varias y repetidas veces la serpiente marina muchos navegantes que en sus travesías se sucedieron en los mismos sitios. No sería pues extraño que la hallasen todavía en la embocadura del Océano, y hasta quizá en el mismo Mediterráneo, donde tambien se ha visto, aunque rara vez, y en muy atrasados tiempos.

Parece que su morada la fija actualmente en las aguas del Norte, y su existencia es en Noruega de vulgar notoriedad. De aquel punto á lo menos nos han llegado detalladas descripciones de la serpiente, y coinciden muy bien con la relación de los navegantes que han hecho constar su encuentro. Con cuidado y esmero se han reunido y comparado sus diversos testimonios en un profundo artículo de la *Retrospective Review*, consagrándose á probar la realidad de algunos animales extraordinarios, falsamente considerados como apócrifos. De él sacamos la mayor parte de las siguientes nociones, desenterrando las demas de algunas obras de la edad media y de la antigüedad, aunque semejante asunto, por la naturaleza de sus pruebas, pertenece mas bien á cierta erudición histórica, que á ciencias de observación directa y experimental. ¡Cuántas veces las ciencias naturales, siguiendo únicamente esta última marcha tan satisfactoria para los fenómenos que

están á su alcance descifrar, se han visto obligadas á recusarse por ciertos puntos á los cuales estendiéndonos no obstante su dominio! Toda la parte viviente de la zoología, es decir, las costumbres de los animales, no la adquiere la ciencia sino por medio de los domésticos, ó por otros que aunque salvajes, viven en medio de nuestras comarcas, y se prestan á las continuas observaciones de los cazadores y de la gente del campo. Empero las fieras que por su enorme cuerpo, indómita ferocidad, ó excesiva independencia de su vida, se alejan de los hombres civilizados, ¿cómo se han de conocer sus costumbres, sino es por la relación de algunos atrevidos viajeros que se hayan aventurado á entrar en sus solitarias y casi impenetrables guaridas? Porque, necio fuera quien pretendiese conocer sus costumbres observando á las cautivas fieras del *Retiro*; y dudo que se encuentre sabio alguno que haya vivido en los desiertos y selvas vírgenes con los rinocerontes, tigres y orangutanes. Con respecto á peces, mas difícil lo miro aun, y así es que no creo pueda escribirse un completo tratado de las costumbres de esos hijos de las aguas.

La profundidad del mar nos ocultará siempre sus impenetrables misterios, y los numerosos pescados que conocen los mas hábiles ichtyologistas forman probablemente la menor parte de los habitantes del mar, y aun esto porque viven en las regiones superiores. Si desde la cima de las mas elevadas montañas que coronan á nuestras islas, descendemos gradualmente hasta sus mas profundos valles, ¿quién nos asegura que allí en la masa líquida, no reine la mas completa calma jamás interrumpida por las tormentas; que no haya en su centro enormes animales acuáticos sin agallas con que poder nadar, arrastrándose constantemente por el suelo cubierto con la elevación de la bóveda líquida? Los pescados de agallas tal cual los conocemos, alzándose en las diversas regiones de aquel centro, serian respecto de los animales cuya existencia figura nuestra imaginación, lo que son las aves respecto de los animales terrestres. Esta hipótesis, ciertamente peregrina, nada usurpa en el campo de la ciencia, porque pertenece á aquellas que nunca alcanzará la experiencia á someter á su jurisdicción, á menos que á consecuencia de algun cataclismo de los

10 DE AGOSTO DE 1851.

que han revuelto varias veces al globo antes que existiese el género humano (1), no vengán algunos huesos fósiles á autorizar hasta cierto punto esta hipótesis con la completa anomalía de su configuración. ¡Cuántas extraordinarias formas y organizaciones cuyos principios ni se sospechaban siquiera, puede prestar una ciencia que á Cuvier le ha revelado lagartos del grandor de un elefante, como son el *Ichtyosaurus* y el *Pleniosaurus*; una ciencia de la cual decia su ilustre fundador, al concluir sus inmortales descubrimientos: «Dentro de pocos años tal vez, la obra que acabo hoy dia, y á que tanto trabajo consagré, será tan solo un ligero tanteo, la primera ojeada casualmente echada á las inmensas creaciones de los antiguos (2).»

La imaginación de los pueblos marítimos se ha entregado siempre á ensueños poéticos y románticas divagaciones respecto de los misterios del centro de la mar. Las maravillosas tradiciones esparcidas en la edad media sobre Alejandro el Grande, nos cuentan, como prueba de su avidez de conocerlo todo, el deseo que tenia aquel rey de ver el fondo de la mar, y el medio de un cofre de vidrio que empleó para hacerse bajar hasta sus mas bajas regiones. Por el desarrollo que recibe esta parte del cuento en una version en griego vulgar, se ve cuánto gustaban de su relato los marinos del Archipiélago griego, para quienes se escribió aquel libro.

El hombre mas ilustrado, al contemplar bajo un estenso aspecto la innumerable cantidad de seres que debe de recelar una masa líquida que cubre las dos terceras partes de nuestro globo, admira mas y mas la industria que nos ha hecho conocer y aprovechar para nuestro uso á tan cuantioso número de sus habitantes, y que valido de una particularidad de organizacion que obliga á los cetáceos á subir á respirar de cuando en cuando á la superficie del agua, ha llegado el hombre á triunfar de los mas enormes que el mar abriga en sus entrañas. Verdad es que á pesar de su masa, hacen temibles solamente á su agresor por sus esfuerzos para salvarse; pero demos las resbaladizas formas, la maravillosa agilidad y la fauce terrible de la serpiente á un pez cuyo largor parece alcanzar á doscientos y mas pies, que por rara casualidad sube á la superficie del agua, y cuya presencia inspira legitimo miedo á los mas intrépidos marinos, y díganosen si todas las fuerzas navales de Inglaterra juntas que se empeñasen en llevar la serpiente marina á la sociedad real de Londres, no darian al mundo absorto el mas portentoso espectáculo de la naturaleza. La serpiente marina debe de reinar en gefe en el elemento sobre cuya superficie resbalamos nosotros por sorpresa. Al lado de semejante monstruo, los mas grandes tiburones no serán mas que tiranuelos ó bajíes, en la misma proporcion que establece el fabulista entre el *leon* y los *mastines*. Nota Herodoto, hablando del coeodriló, que no hay otro animal que presente tanta narracion en su corpulencia, entre su nacimiento y la época de su mayor desarrollo; observacion que actualmente debemos aplicar á la serpiente marina. Si es probable que en sus primeros años está espuesta á muchos riesgos, parece tambien que no bien lleve á cincuenta pies de largor, no puede ya encontrar obstáculos para alcanzar á los límites extremos de sus proposiciones y existencia.

En este último encuentro, las personas que estaban á bordo del *Harve*, se han apercebido únicamente de las ondulaciones del cuerpo del inmenso reptil, y evaluaron aproximadamente su largor á muchas veces mas que el buque.

Antes de este testimonio, el mas reciente que se había publicado, fué el del mes de agosto de 1817, y es el mas detallado y auténtico, cuando apareció una serpiente de mar en la bahia de Gloucester, en el cabo Ana, á unas treinta millas de Boston. Este último testimonio ofrece necesariamente variaciones que estrictan en la dificultad del género de observacion; sin embargo, reasumiéndolas sacaremos siempre la nocion de una serpiente de setenta y cinco pies de largor, de color pardusco, y con la cabeza del tamaño de la de un caballo, resbalándose al través del agua con la mayor velocidad. El ruido que hizo semejante encuentro recordaron otras de igual especie cuya memoria conservaban varias personas fidedignas, y de sus declaraciones resultó que ya se había visto otros monstruos iguales en 1815, uno en Warrens-cove, y otro durante treinta años consecutivos en la bahia de Penobscot.

En 1808 aparecieron tambien algunos alrededor de las islas Hebridas, segun nos dice en su interesante y detallada carta el reverendo Mr. Donald Mac-Lean, quien fué perseguido por uno de aquellos animales, y lo escribió al secretario de la sociedad warneriana de historia natural. De ella resulta un reptil acático del mismo grandor, poco mas ó menos, que las precedentes deposiciones. Aquel viágero vió presentarse la cabeza de la serpiente por cima del buque, y aseguó que esta cabeza era tan gruesa como una pequeña lancha, y sus

ojos tan anchos como un plato regular. Añade ademas que á la sazón tuvieron tal miedo al aparecer el monstruo los marineros de trece barcas de pescar que se hallaban juntas, que de comun acuerdo se refugiaron todas en el ancon mas próximo. Sobrado interés presta la declaracion de M. Mac-Lean, para que dejemos de citar uno de sus párrafos: «En junio de 1808 en la costa de Coll, vi la serpiente á media milla de distancia. A primera vista se me figuró que era una roca; pero sabiendo que no había ninguna en aquellos contornos, examiné con mas atencion, y noté entonces que se elevaba considerablemente por cima del nivel de la mar, reparando en un ojo suyo despues de un largo movimiento. Alarmado al extraordinario aspecto y enorme corpulencia del monstruo, dirigí el timon de mi barca de modo que no me alejase mucho de la playa, cuando de repente vimos hundirse al animal con direccion hacia nosotros; y persuadidos de que nos perseguia hicimos fuerza de remos. Cabalmente en el instante mismo en que acabamos de arribar á una roca, donde subimos todos, víposle deslizarse con rapidéz á flor de agua hacia nuestra proa, y hallando poca profundidad de agua á algunas toesas de la barca, enderezó su horrible cabeza, y dando una vuelta se halló embarazado para salir del ancon. Durante el espacio de media milla pudimos observarle todavia: su cabeza era gruesa y ovalada, y su cuello mas afilado que lo restante del cuerpo. Sus espaldas no tenian agalla ninguna, y el cuerpo iba adelgazándose hasta la cola, cuya forma no era facil ver, porque la tenia siempre baja. Era como de unos setenta á ochenta pies de largor, y adelantábase ó alejaba mas lentamente cuando estaba fuera del agua su cabeza; y cuando se enderezaba por cima de la mar, parecia evidentemente que queria distinguir los lejanos objetos.»

Lo que nos hace suponer que en aquellos sitios hubo entonces algunos monstruos, son las diferencias que presenta esta descripcion con la utopia de la serpiente muerta que se halló pocos meses despues en las playas de Stronza, una de las Orcadas. Tenia esta serpiente cincuenta y cinco pies de largor, y cerca de diez de circunferencia. Estendiase una especie de erizada melena desde el grueso mayor que sucedia al cuello hasta unos tres pies de su cola, y estas sedas, cuando se humedecian, poníanse luminosas en la oscuridad. Estaba provista de agallas que median cuatro y medio pies de largor, algo parecidas á las alas desplumadas de una oca ó ánsar. Visto y examinado este monstruo por muchas personas, quedó descrito en varios relatos legalizados por las autoridades de aquel pais y por algunos sábios, entre ellos el doctor Barclay. Sir Everardo Home, citado frecuentemente con distinguida consideracion por Cuvier, quiso clasificarlo entre los pescados de la familia del *squalus maximus*; pero no fue admitida semejante opinion por los naturalistas de Escocia.

La Noruega, donde nada de extraordinario ofrece cuanto toca á la serpiente marina, riéndose de la duda de los estrangeros, ha visto con frecuencia en sus costas cadáveres de estos animales, sin que por las mientes les pase dar importancia á hacer constar semejantes hechos. Recordando mejor cuando á esto se junta otro mas grave incidente, como es la corrupcion del aire causada á veces por la putrefaccion de aquellos cuerpos. Algunos ejemplos tiene citados Pontoppidan.

El relato escrito en Stronza presta las mas exactas nociones que poseerse puedan acerca de la figura de la serpiente de mar, y en él observamos la notable señal de la melena, en la cual concuerdan los antiguos y modernos noruegos.

Esta es la melena probablemente que compara Pablo Egeda con las orejas ó alas en su descripcion de la serpiente marina que vió en su segundo viage á Groenland: «El 6 de julio vimos un horroroso monstruo que tanto se alzó sobre las olas, que llegaba su cabeza á la vela de nuestro palo mayor. En vez de agallas tenia grandes orejas suspendidas cual si fuesen alas, y de escamas estaba cubierto su cuerpo, que terminaba como el de una serpiente. Cuando se replegaba en el agua, arrojábase hacia atrás; y en esta especie de voltereta levantaba su cola tan larga como mi buque.»

Olaüs Magnus, arzobispo de Upsal, á mediados del siglo XVI, hace mencion formal de esta melena en su cuadro de la serpiente de doscientos pies de largor y veinte de circunferencia, de la cual habla como testigo ocular: «Esta serpiente tiene una melena de dos pies de largor: está cubierta de escamas y brillan sus ojos como dos antorchas: algunas veces ataca á los buques, alzando su cabeza como un mástil, y cogiendo á los marineros de encima de cubierta.»

Los mismos caracteres, reproducidos en otros relatos, se encuentran en las descripciones de los poetas escandinavos. Con una cabeza de caballo, blanca melena y negros carrillos, atribuyen seiscientos pies de largor á la serpiente marina. Añaden tambien que se endereza de repente como un mástil de navio de linea, y arrojan silbidos que espantan tanto como el grito de la tempestad. Harto vemos en todo esto los efectos de la exageracion poética; pero carecemos de suficientes datos para determinar el punto preciso en que abandona la realidad.

(Concluirá.)

(1) Segun los trabajos de Mr. Cuvier, cuyo naturalista no halló jamás el mas pequeño fragmento de esqueleto humano entre los huesos fósiles, varios teólogos sabios y ortodoxos ven, en los seis dias de la creacion, otras tantas épocas cosmogónicas: á la última de ellas (el sexto dia por el estilo del Génesis) hace relacion la creacion del hombre.

(2) *Ornamenta fútil*, 3.ª edicion, tomo 3, pág. 487.



(D. Fernando el Católico en la toma de Baza.—Sillería del Coro de Toledo.)

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

NOVELA

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

(Conclusion.)

Luego, pues, que la buena Mari-Perez supo por sus espias que se había ausentado su enlodado esposo, asentó la puerta primera con ayuda de sus convidados como estaba de antes, quitó la tablilla, y haciendo que se llevasen lo uno y lo otro consigo, los despidió á todos conjurándoles guardasen secreto; y quedándose con su sobrina sola, se acostaron cansados los pies de bailes, las manos de castañetas, los estómagos de comer y las bocas de reir, durmiendo á satisfacción de la cena y entretenimiento hasta la mañana, que volvió su pintor á medio enjugar, en compañía del viejo Santillana, que casi persuadido con la porfía de nuestro Morales oyéndole afirmar lo mismo á la mañana que por la noche, deseaba ver esta nueva maravilla. Llegaron en fin á vista de la casa encantada, y hallándola con su puerta antigua, sin tablilla sobre ella, quieta y cerrada, comenzó el viejo á dar cordelejo de nuevo al pobre Morales, y él de nuevo también á desbautizarse, jurando y perjurando que era verdad lo que le había referido, y alguna arte del demonio aquella, con que pretendía se desesperase. Llamaron, y salió á medio vestir la sobrina, abriendo la embustera puerta, y en viendo á su casi padrastro, le dijo:—«¿Con qué cara viene vuesa merced, señor tío, á ver á su muger, ni qué cuenta dará de sí quien dejándola á la muerte á las doce, y enviándole por una comadre, vuelve á las ocho de la mañana sin ella y con esta flema?»—«Si tú supieras, Brígida, respondió él, en lo que por tu tía me he visto esta noche, mas lástima tuvieras de mí que quejas: mañana nos hemos de mudar de esta casa, que andan en ella enjambres de demonios.» Oyóle en esto la prevenida enferma, y levantándose como una onza de la cama en solo manto (1), salió dando gritos y diciendo:—«¡Oh qué

solicito marido de la salud de su muger! para frío de cuartanas valeis lo que pesais, Morales mio, que no volveréis en toda la vida. ¡Hizoos mal el sereno de anoche? ¿Venís acatarrado? ¡Qué enjuto que os dejó la tempestad pasada! Cerca vivia la piadosa Marta que os hospedó: bien creisteis vos hallarme muerta cuando volviédes con la Castejona, y entraros por mi dote y hacienda como por viña vendimiada; pero ¡malos años para vos y para quien tal me deseé! ¡A qué viene vuesa merced con tene perdido señor Santillana? Si es á disculparle conmigo, no tiene para qué, que por el siglo de mi madre que he de irme al vicario y pedir divorcio; no quiero aguardar á otra ensalada, cuya sal maliciosa ponga á pique mi vida. Dame de vestir, Brígida; toma tu manto, huye de este busca-comadres.»—«Sosiéguese vuesa merced, señora Mari-Perez, dijo el amigo, que el señor Morales no tiene la culpa, sino alguna hechicera que por malos medios quiere hacerlos mal casados.»—«Muger, añadió el afligido pintor, puesto que os parezca que teneis razon en quejaros de mí, escuchad las mías y hablad menos libre, que me falta paciencia para sufriros, gastada la que tenía en los embelecós de esta noche.» Contóle en esto todo lo que ella mejor se sabia, con que fingiendo alborotos nuevos, volvió á decir.—«¡A mí con papeles! ¿No ven vuestas mercedes que soy cabos negros y boqui-ancha? ¡Hay mas lindas papandujas (1) que las que me venden? ¡Casa de posadas la mía! ¡Mastines, bureo, bailes y fiestas aquí anoche! Aun si dijeran quejas, maldiciones, suspiros y males, acertáran. No lo hubiera hecho mejor conmigo media azumbre del Santo y dos mostachones acompañados de seis bizcochos, que desterraron el mal de madre, que mi cuidadoso marido, que ya mascára tierra la pobre de su muger.»—«Hágaos muy buen provecho, esposa mia, respondió él, y no permitais que me entre en malo á mí, dándome tras de una noche tan penosa, un día tan pendenciero. Juro á todo lo que puedo jurar, que cuanto os he contado me sucedió: en esta casa deben de andar duendes: con venderla ó alquilarla, pasándonos á otra, se remediará todo.»—«¡Y como que hay duendes, señor tío! acudió la taimada Brígida; las mas noches me pellizcan y dan de azotes, aunque blandos, y se rien á carcajadas.»—«Pues ¿cómo nunca

(1) Refajo.

(1) Paporrachas.

me lo has dicho? dijo la disimulada tia.»—«Porque no imaginasen vuestras mercedes, respondió, que era otra persona en descrédito de mi opinión y su casa de mis señores tíos.»—«Alto, eso debe de ser sin duda, dijo Santillana; no hay sino perdonarse unos á otros, y entrar con buen pié en la Cuaresma que es mañana.» Hizose así, quedando en ojeriza con los duendes el encantado pintor, y su muger con esperanza de que premiase su burla el diamante pretendido.

No desmayó la bella mal maridada por ver la prosperidad y sutileza de las burlas de sus dos opositores; antes de un camino satisfizo dos necesidades: el premio de la burla el uno, y el otro la cura de su celoso compañero, que dispuso así:

Acababa de llegar á Madrid un religioso hermano suyo por prelado de uno de los monasterios que fuera la corte con la recolección de su vida apuntalan lo que los vicios tienen á pique de arruinar. No sabía su venida el celoso Santillana, y su muger (cuando ausente por cartas y agora presente por papeles, y una visita que él la hizo) se le había quejado de la mala vida que sus impertinentes sospechas la daban, y dicho que sino fuera por su respeto y lo que menoscaba la opinión de las mugeres el poner pleitos á sus maridos y pedir divorcios, se hubiera apartado de él por el vicario. Estaba informado el prudente religioso de los vecinos y amigos del mal acondicionado viejo, de la razón que su hermana tenía de aborrecerle y vivir desconsolada; deseando hallar un medio con que alumbrarle el entendimiento, y sin romper con el yugo conyugal, persuadirle cuánta satisfacción era justo tuviese de su esposa, y que celos sin ocasión no suelen servir sino de despertar á quien duerme; pero por mas que estudió sobre ello, nunca le vino traza suficiente que venciese la pertinaz malicia, que ya vuelta en costumbre era casi imposible de desarraigar su sospechosa vejez. Habíala escrito que mirase ella qué modo le parecía mas á propósito, para que sin llegar á dar cuenta de sus trabajos á tribunales caudillos, ella viviese descansada y su marido con sosiego; que por difícil que fuese, él pondría toda la diligencia imaginable en su ejecución. Ahora pues que halló ocasión para ejecutarle en estas promesas, curar al viejo Santillana y de camino llevarse el diamante; una mañana que él se fué á oír misa y sermón por ser principio de Cuaresma, envió á llamar al bien intencionado fraile, y después de haberse consolado con él llorándole sus martirios y pesadumbres, le dijo que no hallaba otra traza mas á propósito para sacarle de la cabeza aquel tema venenoso de sus celos, sino era uno que le propuso y después sabreis: refiriósele con toda la elocuencia que dió el artificio persuasivo á las mugeres, con lágrimas, suspiros y encarecimientos, concluyendo en que si no le ejecutaba, sería imposible no acabar ó con sus trabajos descasándose, ó con su vida rematándola en una viga de su casa por medio de un cordel. El que la mal casada le ofreció tenía muchos inconvenientes; pero en fin atropelló con todo el amor de hermano, la piedad de religioso y el deseo de impedir alguna desesperación, creíble de la angustia y sentimiento que nuestra Hipólita (que este era su nombre) mostraba. Prometiéndole llevar al cabo lo que le pedía, señalaron el día, despidióse, llegó á su convento y propuso el caso á sus súbditos: queríanle mucho, y conociendo el provecho que se esperaba de él para la quietud de los dos casados, le ofrecieron hacer cuanto les mandase y le animaron á concluirle. Alentado con esto, envió para el plazo concertado dos onzas de unos polvos eficacísimos para dormir quien los bebiese cuatro ó cinco horas, con tanta enagenación de los sentidos, que solo se diferenciaban de la muerte en la breve distancia con que aquellos restituían el alma á sus vitales ejercicios. Recibiólos contenta la astuta Hipólita, asentándose á cenar con su marido y mezclándolos con el vino, apetitoso á sus años, entre bocado y bocado la daba una reprensión, y entre trago y trago bebía su sueño. Al último en fin, sin aguardar á que se levantasen los manteles, cayó como piedra en pozo, siendo tan eficaz la polvarada boticaria, que á no estar sobre el caso la aplicante y moza, creyeran (y no las pesara) que había nuestro Santillana desembarazado el matrimonio. Desnudáronle, y echándole en la cama, aguardaron que viniese por él el religioso hermano, que no tardó mucho, pues á las nueve (suficiente hora, y quieta para aquel tiempo frío y de invierno) con dos legos y un coche se apearon á su puerta, y entrando dentro mandó á uno de sus compañeros que venia prevenido de tijeras y navaja, le quitase toda la barba, y abriese una corona de fraile. No se mostró perezoso el obediente barbero, pues sin bañarle, porque la frialdad del agua no ahogase la virtud de los polvos, le convirtió en reverendo cenobita. Era cerrado de cabellos como de mollera, y así salió la corona con toda la perfección venerable, autorizándola las canas que se entretejían todo lo posible; y despachada la barba, no pudo dejar de causarle risa á su muger, viendo vuelto á su marido de viejo en vieja. Vistiéronle un hábito como el de su hermano, sin sentirlo él mas que si esto se hiciera con el conde Partinoble, y metiéndole en el coche, encargó el prelado á Hipólita encomendase á Dios el próspero fin de aquel buen principio. Llegó con él á su monasterio, y desembarazando una celda le desnudaron acos-

tándole en una cama penitente, dejándole los hábitos sobre una silla y un candel encendido, juntaron la puerta y se fueron á dormir. Dos horas había que duraba el éxtasis del ignorante novicio, y dos prosiguió en su dormilona embriaguez que era el término puesto á la virtud de los polvos con jurisdicción de solas cuatro horas; y habiéndola comenzado á las ocho, síguese que á las doce fenecía su operación. Tocaron á maitines como se acostumbra en todos los monasterios á media noche, y tras la campana las matraces con que despiertan á los que se han de levantar, que es un instrumento cuadrado de táblas huecas llenas de eslabones de hierro, que cayendo sobre clavos gruesos, y meneándolos apriesa, hace un son desapacible para los que despiertan y le conocen; y espantoso para los que coje desapercibidos y bisonos en tan gruñidora música. Así le sucedió al P. Santillana, pues despertando despavorido y creyendo que estaba al lado de su muger y en su casa, dió un grito diciendo: «¡Jesús! ¿qué es esto, Hipólita?» ¿Cáese la casa, hay truenos ó vienen por mí los diablos?» Como no le respondió, atentó á los lados buscando á su muger, y no hallándola, lleno de malicias é imaginando que estaba haciéndole (1) fanyancas y con el ruido pasado querían echarle el aposento á cuestras, se levantó furioso, y diciendo á voces: «¿Dónde estás, adúltera? Mala hembra, no dirás ahora que son ilusiones y vejezas las mías. ¿A media noche fuera de mi cama y de mi aposento recibiendo por el techo el adúltero? Mas leales que tú son para mí las tejas, pues cayéndose me han despertado. Daca mis vestidos, muchacha: venga la espada, que yo lavaré mi afrenta en la sangre de estos traidores.» Esto, y buscar los vestidos, hallando en vez de ellos los hábitos de fraile, fué todo uno. La novedad de la celda, sin saber cómo ó quien le había traído á ella, le tuvo como cada cual podrá juzgar por sí; ni sabía si diese voces, ni si era arte de encantamiento, si dormía ó velaba. Fué á abrir la puerta, y estaba sobre ella una calavera, que cayendo sobre la suya, los dos huesos de las canillas le resfriaron la cólera de los celos con la flemma del miedo que le causó verse acometido de *Requiem*, juzgándolo á mal pronóstico. Tomó el candel para ver á qué calle, ó campo caía aquel aposento encantado, ó en qué parte estaba; y vió un dormitorio, que le causó la vista, lleno de celdas con una lámpara en medio. «¡Válgame Dios! ¿qué es esto? dijo volviéndose á entrar temblando: ¿no me dormí yo en acabando de cenar anoche? ¿Quién pues me ha traído aquí ahora, trocando mis vestidos en hábitos? ¿Si estoy en el hospital? que esta mas parece enfermería que habitación política? (2) ¿Si mis celos me han vuelto loco y para curarme me han traído al nuncio de Toledo? que la estrechez de este aposento mas parece jaula que hospedería. No sé lo que imagine, aunque esto último bien puede ser; pues si no me acuerdo mal, ya andaba mi seso dando zancadillas de puro imaginativo sobre la conservación de mi honra; y no será mucho que haya algunos dos ó tres años que me estén curando en este hospital, y ahora vuelto en mi juicio, me parezca que fué anoche cuando estuve quieto y seguro en mi casa y con mi muger. Si es esto como imagino, á navaja quitan los cabellos y barbas á los locos y á los galeotes, la mía me sacará de este temor.» Echó mano á ella y hallóla tiplé, habiéndola él criado con trabajo; tentóse la cabeza y hallóse coronado por rey de los celosos maridos. Lloró su juicio rematado, temiéndose por conventual del Nuncio, creyendo que por burlarse de él, como suele hacerse con los de su profesión, le habían puesto la cabeza de aquel modo. Con todo eso se consolaba; pareciéndole que pues echaba de ver entonces el estado en que estaba, había ya vuelto en su juicio, y según esto saldría presto de aquel colegio desacreditado: solo le desatinaban los hábitos que él había visto en Toledo, andaban vestidos de ropas burieladas, pero no de religiosos. Entre estas confusiones ridículas estaba en su celda desnudo sin haberle acordado que se vistiese el frío, ni saber él por donde ó cómo acomodar la diversidad de pliegues y confusion del hábito, que en su vida se había puesto, cuando entrando el compañero que daba luz á los demas frailes le dijo:—«¿Cómo no se viste, Padre Rebollado, si ha de ir á maitines?—¿Quién es aquí Rebollado, hermano mío? ó ¿qué maitines ó visperas son estas que me desatan? respondió el casado fraile.—Si sois loco como yo lo he sido, y es ese el tema de vuestra enfermedad, yo ya estoy sano por la misericordia de Dios, y no para oír disparates. Decíme dónde hallaré al rector, y dejad de rebollearme.»—«¡Con buen humor se levanta, padre Rebollado! dijo el religioso: vistase, que hace frío y mire que voy á tocar segundo, que es mal acondicionado el superior.» Fuése con esto dejándole muy confuso. «¡Yo Rebollado! decía: ¡yo fraile y maitines, no habiendo seis horas que al lado de mí Hipólita trataba mas en pedirle celos que entonar salmos! ¿Qué es esto, ánimas benditas del purgatorio? Si duermo, quitadme esta molesta pesadilla: si estoy despierto, reveladme este misterio ó restituídmelo el juicio que sin duda he perdido.» Pasmado se estaba, sin acertar á vestirse,

(1) Juguetes, travesuras, engaños.

(2) Habitación de un veuno; habitación regular, bien ordenada, decente.

obligándole el frío á traer las frazadas acuestas, cuando vino otro fraile, y le dijo:—«Padre Rebolledo, el vicario de coro dice ¿por qué no va á maitines, que son cantados y vuestra reverencia es semanero?»—«¡Válgame la corte celestial! replicó el nuevo fraile, ¿Qué, en fin soy padre Rebolledo yo, siendo ayer Santillana? Dígame, religioso, si es que lo es ó hermano loco, si como imagino estamos en algun hospital de ellos, ¿quién me ha puesto en este estado? ¿Cómo ó por qué me han quitado mi casa, mi hacienda, mi muger, mis vestidos y mis barbas? ¿O qué Urganda la desconocida, ó Artus el encantador anda por aquí, y ha rematado con mi seso?»—«Buena está la flema y disparate, respondió el corista, para la prisa con que vengo á llamarle! Delantero debió de cargar en el refectorio, padre Rebolledo, pues aun no se han despedido los arrobos de Baco: vistase, y si no acierta, yo le vestiré.» Echóle entonces el hábito encima; y al ponerle la capilla, como era estrecha, creyendo que era algun espíritu malo que quería ahogarle comenzó á dar gritos: «arredro vayas Satanás; déjame aquí, ángel maldito. ¡Animas del purgatorio, Santa Margarita, San Bartolomé, San Miguel, todos abogados contra los demonios, ayuda y favor, que me ahoga este diablo capilludo! Y escabulléndose de las manos, rota la capilla y arañado el fraile, echó á correr por el dormitorio adelante. Atentos y escondidos habian estado oyendo la escarapela ridícula el prelado y súbditos, reventando la risa por romper los límites de la disimulación y silencio que este caso requería; pero saliendo juntos con las velas encendidas que habian prevenido para el coro, le dijo severo el disimulado superior: «padre Rebolledo, ¿qué escándalo y descompostura es esta? ¿Al fraile que yo envío para que le llame al coro trata de esa suerte? ¿Las manos pone en un ordenado de grados y corona, y á la culpa de no venir en fiesta doble á nacer su oficio añade el descomulgarse? Aparéjese luego, que con un *Miserere mei* se le aplacarán esos bríos.»—«¿Qué es aparejar? respondió el colérico montañés: ¿soy yo bestia? ya lo estoy, y por defenderme de vuestras ilusiones, espíritus condenados, catad la cruz, no teneis parte en mí, que soy cristiano viejo de la Montaña, bautizado y con crisma. *Fugite, partes adversae*. Estos y otros desatinos comenzó á ensartar con no poco tormento de la risa de los circunstantes, que se malograba puertas adentro de la boca; pero haciéndole agarrar á dos donados, y diciéndoles el prelado: «este fraile esta loco, mas la pena le hará cuerdo,» le asentaron en las espaldas de par en par una colación de canelones, que pagó con mas cardenales que tiene Roma. Daba gritos que los ponía en el cielo, diciendo: «Señores, ó frailes, ó diablos, ó lo que sois, ¿qué os ha hecho el pobre Santillana para tratarle con tanta riguridad? Si sois hombres, doleros de otro de vuestra especie, que jamás hizo mal á una mosca, ni tiene de qué acusarse sino de la mala vida que sus celos han dado á su muger; si sois religiosos, baste la penitencia, pues no cae sobre culpa que yo sepa; si sois demonios, decidme por qué pecados os permite Dios que me desoléis de esa suerte? Menudeaba el padre disciplinante azotazos en esto, diciendo:—«Todavía da en su tema! pues veamos quien de los dos se cansa.»—«Ya lo es toy, padre de mi alma, respondió el penitente por fuerza: por la sangre de Jesucristo que tenga lástima de mí.—Pues ¿enmendarse de aquí adelante?»—«Si Padre mio, yo me enmenadaré, aunque no sé de qué.»—«¿Cómo que no sabe de qué? replicó; ¡miren qué gentil modo de conocer su culpa! Aun no está como ha de estar: aguarde un poco:» y diciéndole esto, le taraceaba las espaldas.—«Padre de mi corazón;» dijo entonces echándose en el suelo, «confieso que soy el mas mal hombre que pisa la tierra; tenga misericordia de mis carnes, pues Dios la tiene de mi alma, que yo me enmenadaré.»—«¿Sabe, le replicó, que es fraile, y que en los que lo son las culpas veniales son de mas escándalo que las mortales del seglar?»—«Si, padre» respondia, «fraile soy, aunque indigno.»—«¿Sabe la regla que profesa? proseguia; y él tambien en responderle.—«Si, padre: qué regla es? La que vuestra Paternidad fuere servido; no repare en reglas, aunque entre la del gran Sofi.»—«¿Será desde aquí adelante humilde y cuidadoso en su oficio, padre Rebolledo?»—«Seré Rebolledo» respondia, «y todo lo que quisieren.»—«Pues bese los pies á este religioso.» dijo, maltratado por él, y pidale venia.—«Bésote los pies, padre mio, dijo llorando de dolor mas que de arrepentimiento; y pidole brevas, ó lo que es esto que me mandan le pida.» Soltaron la risa todos entonces, que no pudieron sufrirla. Reprendiéndole el prelado diciéndole: «¿De qué se rien, padres, habiendo de llorar la pérdida del juicio de un fraile, el mejor que teniamos, y que ha servido quince años este monasterio, con la mayor puntualidad que la religion ha visto?»—«Quince años yo! decia entre sí el pobre Santillana; ¿hay encantamiento semejante en cuantos libros de caballeria desvanecen mocedades? Alto; pues tanto lo dicen, verdad debe de ser, aunque no sé el cómo! porque á no ser así, ¿qué les importaba á esos benditos el maltratarme y afirmarlo?»—«Véngase al coro con nosotros,» le dijo el eunuco que no conocia. Obedecióle el celoso por su daño; comenzaron á cantar los maitines, y mandóla que entonasen la primera antifona. Sabia él de música lo

que de vainicas, pero no osando replicar, temeroso de otra tunda, la cantó regañando de suerte, que prosiguiendo la risa de todo el coro, y no pudiéndola disimular, el superior le mandó llevar al cepo, donde le tuvo tres dias tan fuera de sí, que faltó poco para no renunciar con el siglo el seso. Al cabo de ellos le sacaron, y mandó el prelado fuese con un compañero á pedir el pan de limosna, que se acostumbra los sábados. Diéronle su talega, y sin replicar palabra, como una oveja, cumplió la obediencia. Llevóle de industria el que le acompañaba, á la calle donde vivia su muger; y reconociendo la casa, alentado y con nuevo espíritu dijo entre sí: «¡Aquí de Dios! ¿Esta no es mi casa? ¿Yo no estoy casado con Hipólita? ¿Quién diablos me ha metido en fraillias que no apeteci en mi vida? Matrimonio me llamo.» Entróse con esto en el portal, y hallando á su muger allí, abrazándose con ella, comenzó á decir.—«Esposa de mis ojos, castigo del cielo fué mio por la mala vida que te he dado: fraile me han hecho sin saber cómo, ó porqué; pero desde hoy mas buscarán talegueros; que yo matrimonio me llamo.»—«¿Qué descompostura es esta? dijo á voces la mal casada; aquí de la vecindad, que este loco atrevido ofende mi honra.» Acudió el compañero y parte de los vecinos, que le desconocieron por faltarle la longitud de la barba y éstar en tan desusado traje, y tan macilento con las penitencias pasadas que pudiera vender flaqueza á los padres del yermo: y le apartaron á empellones, diciéndole oprobios satíricos. «Déjenle vuestras mercedes» acudió el compañero, «y no se espanten de lo que hace; que ha estado el pobre seis meses loco, y su tema principal es decir á cualquiera muger que vé, que es su esposa. Hémoste tenido en una cadena: y habiendo mas há de dos meses que mostraba tener salud, á falta de frailes que han ido á predicar por las aldeas esta Cuaresma, me mandaron lo trujese conmigo á pedir hoy la limosna, bien contra mi voluntad.» Diéronle todos crédito, lastimados de su desgracia, que cuanto mas gritaba afirmando era el marido de Hipólita, mas la acreditaba. Llévaronle medio loco de veras, y en son de atado á su convento; volviéronle á disciplinar y meter en el cepo, donde despues que purgó mas de otro mes los malos dias que habia dado á su muger, al cabo de ellos y á la media noche le despertó una voz que decia en tono triste

«Hipólita está inocente de tus maliciosos celos, y así te han hecho los celos de ese cepo penitente. Por necio é impertinente, en ti su venganza funda el que te ha dado esa tunda; por eso, si sales fuera, escarmenta en la primera, y no aguardes la segunda.»

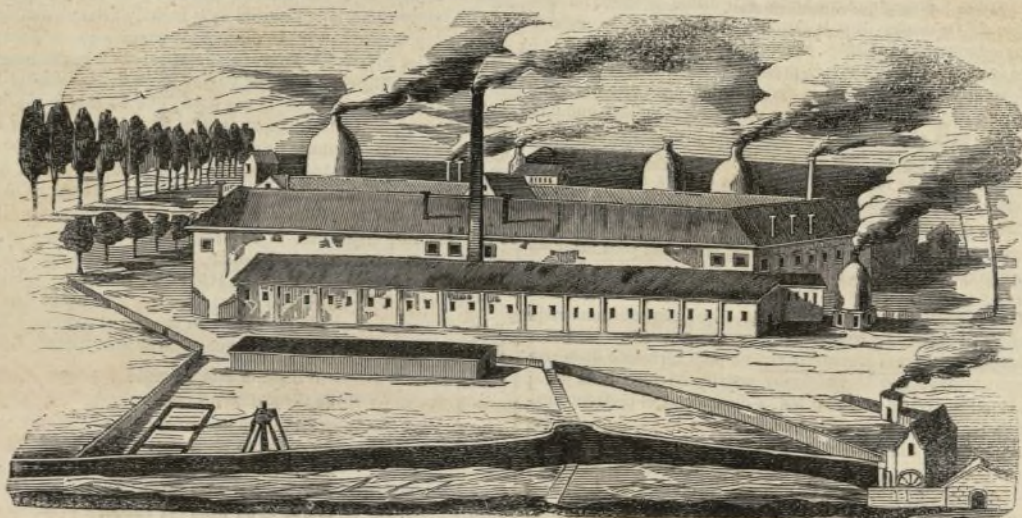


Repitió esto tres veces la fúnebre voz, y él puestas las manos llorando, con la mayor devoción que pudo respondió: «Oráculo divino ó humano, quien quiera que seas, sácame de aquí; que yo prometo verdadera enmienda.» Diéronle despues de esto de cenar, y la bebida fué de vino, que no lo habia probado desde el dia primero de su trans-formación (penitencia mas áspera para él, que todas las demás); bebiólo, y con él dos veces mas cantidad de los mismos polvos que primero durmióse como antes; habiale crecido el cabello y la barba suficientemente; afeitáronle, dejándole lo uno y lo otro en la disposición antigua, y llevándole en otro coche á su casa, se despidió el religioso, médico de celos, de su hermana, con esperanza de que cuando despertase, hallaria sano á su marido y enmendado. Púsole los vestidos seglares sobre una arca cerca de su cabecera, acostóse á su lado, acabó el sueño, junto con la operación de los polvos al amanecer, por haberlos él tomado á las diez de la noche. Despertó en fin, y creyendo hallarse en el cepo, vió que estaba en la cama y á oscuras. No lo acababa de creer. Tentó si eran colchones aquellos ó madera, y topó á su muger á su lado; imaginó que era algun espíritu, que proseguia en tentarle, dió voces y ensartó letanias. Estaba velando Hipólita, y aguardando el fin de aquel suceso; fingió que despertaba y dijo:—«¿Qué es esto, marido mio, ¿qué teneis? ¿haos dado como suele el mal de ijada?»—«¿Quién eres tú que me lo preguntas? dijo despavorido el ya sano celoso; ¿que yo no tengo mal de ijada, sino mal de frailla.»—«¿Quién ha de ser la que duerme con vos, respondió, sino vuestra muger Hipólita?»—«¡Jesus sea conmigo! replicó él. ¿Cómo entraste en el convento, muger de mi vida? ¿No ves que estás descomulgada y que si lo sabe nuestro mayoral ó superior, te acanelonará las espaldas, dejándotelas como ruedas de salmon?»—«¿Qué convento ó qué chanzas son esas, Santillana? respondió ella. ¿Dormis todavía, ó qué locura es esta?»—«Luego no soy fraile de quince años há,» preguntó él, «y entonador de antifonas.—Yo no sé lo que os decís con esos latines» replicó ella: «levantaos, que es medio dia; si habeis de traer que comamos.» Mas asombrado que nunca, se tentó la barba, y hallóla cumplida, y la cabeza descoronada: mandó abrir la ventana, y se vió en

su cama y aposento, los vestidos á su lado, sin rastro de cepo ni de hábitos, pidió un espejo, y vió otra cara diferente de la que los días pasados le enseñó el de la sacristía: hacíase cruces acabando de creer el oráculo coplista. Preguntábale disimulada la muger, que ¿de dónde procedían aquellos espantos? Contósele todo, concluyendo en que debía de haberlo soñado aquella noche, y Dios le debía de mandar se enmendase y tuviese la satisfacción que era justo de su muger. Apoyó ella esta quimera diciendo que había prometido nueve misas á las ánimas si le alumbraban á su marido el entendimiento, y que si no había determinado echarse en el pozo. «No lo permita el cielo, Hipólita de las Hipólitas,» respondió él: pidiéndola perdon, jurando no creer aun lo que viese por sus mismos ojos de allí adelante; con que dándola libertad para salir de casa, hubo de ir con las otras dos amigas á la del Conde, alegando cada cual su burla, y quedando tan satisfecho él de todas, que por no agraviar á ninguna, las dijo: «El diamante, oca-

sion de sutilizar, señoras, vuestros ingenios, se me había perdido á mí el día de su hallazgo; él vale doscientos escudos, cincuenta prometi de añadidura á la vencedora; pero todas mereceis la corona de sutiles en el mundo; y así ya que no puedo premiaros como mereceis, doy á cada una estos trescientos escudos, que tengo por los mas bien empleados de cuantos me han granjeado amigos; y quedaré yo muy satisfecho si os servís de esta casa como vuestra.» Encarecieron todas su liberalidad, y volviéndose mas amigas que antes, se hallaron al cagero vuelto ya de su viaje, y olvidada su burla; al pintor, que había vendido su casa y comprado otra por evitar bellaquerías de duendes; y á Santillana tan satisfecho y enmendado de sus celos, que desde allí adelante veneró á su muger como á merecedora de oráculos protectores de su buena vida.

FIN.



EL HOSPITAL DE LUGO.

Los hospitales de la caridad han precedido á las casas de beneficencia. Esta circunstancia, que á primera vista no se aparta del primitivo instituto de estas fundaciones, es la espresion histórica de una revolucion política. La filantropía ha sucedido á la caridad: el Estado reemplazó á la Iglesia. En otros tiempos los reyes y los prelados establecian los hospitales y casas de reclusion, asignándoles rentas y concediéndoles privilegios: en nuestros días el Estado establece las casas de beneficencia, y sus dotaciones forman una de las sumas de los presupuestos provinciales y municipales.

En Santiago—ciudad que años atrás daba la iniciativa en las mejoras locales de la provincia—el hospital Real fué fundado por los reyes Católicos en 1501; el de San Roque por el arzobispo Blanco de Salcedo en 1577, y el antiguo Hospicio á instancias del prelado Rajoy y Losada, de 1768 á 1769. En esta poblacion el hospital Real tenia una bula de indulgencias concedidas á los que criasen los espósitos y matrimoniasen á las espósitas adultas, recogiendo algunas veces las segundas en los monasterios de monjas (1). En los años de carestía los arzobispos y los cabildos socorrian la miseria pública abriendo sus graneros al pueblo exhausto. El prelado D. Juan Tavera (1524-1525) fundó seis dotes para seis doncellas pobres; D. Juan San Clemente (1586-1605) fundó el colegio de Huérfanas de esta ciudad, y Fr. José Gonzalez en 1628 acopió el trigo de Castilla, donde costaba cada carga 220 rs., para los pobres de la diócesis. No hace muchos años—de 1768 á 1769—el cabildo compostelano comisionó á un delegado suyo para que comprara granos en el extranjero, á cuya filantrópica idea se asoció generosamente el conde de Altamira para aliviar la desgracia de los que carecian del necesario mantenimiento. Entonces la miseria era socorrida en nombre de la caridad cristiana.

Hemos apuntado estas ligeras observaciones y recuerdos históricos de la pasada beneficencia pública al reconocer el origen del hos-

pital de Lugo, cuya vista presentamos á nuestros lectores al frente de este artículo.

Una orden religiosa cuyo instituto era socorrer á los desvalidos y auxiliar á los enfermos, fué la que amparó en su origen el hospital del antiguo convento-jurídico de los romanos. En la parte mas septentrional del interior de Lugo, cerca de la Puerta Falsa—hoy llamada de la Coruña—existe una antigua y espaciosa casa que perteneció á los monjes de S. Juan de Dios. El obispo D. Alonso Lopez Gallo, señor de Lugo, por escritura que otorgó en 7 de abril de 1621, ante Gabriel de Neira, fundó dentro de sus muros un hospital de caridad con el título de S. Bartolomé, dotándolo con 7,000 ducados de principal que producian 3,500 ducados de renta, con destino á pobres enfermos de ambos sexos, asistidos y mantenidos con esta asignacion. Su patronato fué concedido al cabildo y ayuntamiento, como los representantes de las dos gerarquías mas legítimamente autorizadas de la poblacion. En 1639, siendo obispo D. Juan Velez Valdivieso, se entregó la administracion de este hospital á Antonio del Espíritu Santo, hermano mayor del hospital de San Roque de Orense, co-administrador de todos los de Galicia y hermandad de siervos pobres del hábito é instituto del P. Bernardino Obregon. Posteriormente se echó de ver que la administracion establecida no correspondia á los deseos del fundador, y para mejorarla se entregó á la religion de San Juan de Dios en 1714, la que se posesionó formalmente en 16 de setiembre de 1720, en virtud de bula derogatoria de la cláusula de la fundacion, que prohibia administradores exentos de la jurisdiccion ordinaria, siendo obispo D. Manuel José de Santa María y Salazar. De esta manera se dió en administracion perpétua á la mencionada religion, con reserva del patronato, y fué el primer prior y apoderado de la órden Fr. Gregorio Fernandez Pintado. Desde esta época hasta 1853 fué regido el establecimiento por estos hospitalarios, y en este año volvió al patronato del ayuntamiento, el cual nombra su administrador. El obispo D. Francisco Izquierdo, tan celoso como benéfico, concibió la idea de fabricar á su costa una suntuosa iglesia que reemplazase á la de San

(1) Antig. const. del Hospital. --Pag. 65; párrafo 65.



Bartolomé, y este pensamiento fué llevado á cabo en 1732, embelleciendo á la ciudad con un edificio que llama la atencion de los inteligentes, no solo por su mérito artistico, sino tambien por su elegancia y sencillez.

Esta iglesia está unida á la casa-hospital, y su interior corresponde á la intencion piadosa del fundador. El hospital se llamó convento durante la administracion de los monges, y aunque no tiene la distribucion conveniente para este objeto, puede admitir hasta doscientos y cincuenta enfermos, porque ademas de su primer instituto de caridad, tambien está destinado á hospital militar donde los celosos administradores, á cuyo cargo estuvo desde 1840, los señores Rodríguez y Miranda, introdujeron mejoras de utilidad estableciendo los nuevos métodos que exige la buena asistencia de los enfermos. El hospital de Lugo es uno de los mejor servidos y arreglados de Galicia.

La casa con la iglesia, claustro, patios, huerta, fuente y demas dependencias necesarias para su buena administracion, forma una manzana aislada é independiente de otros edificios, ofreciendo la ventaja de que en la entrada principal del mediodia hay un espacioso campo que sirve de recreo á los convalecientes, y en el cual tienen lugar los ejercicios militares de las tropas que se alojan en el inmediato cuartel de San Fernando.

La antigua ciudad de Lugo, enriquecida con monumentos que cautivan la atencion del viajero, puede vanagloriarse de que posee un hospital que puede ser colocado al lado de los principales de Galicia, no solo por su escogida distribucion, sino tambien por el conjunto arquitectónico que presenta dentro de las murallas romanas de la poblacion. Construido en uno de los extremos de la ciudad, aleja de sus habitantes la constante representacion de las necesidades públicas, y corresponde á los principios consignados por la higiene. La oportunidad de su construccion auxilia la perseverancia empleada desde principios del siglo XVII en su mejoramiento progresivo.

Santiago—1.º—dic.—1830.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

REVISTA SOCIAL.

Exposicion de Actores.

A nadie se ofenderá á lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas por casualidad se pareciesen á alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parecersele.
LARRA.

Jamás ha lamentado la escena teatral la falta de un escritor que arrojando en el terreno de la publicidad el acta de sus espectáculos, espusiese con imparcialidad ó sin ella los defectos y las bellezas de sus actores. Pero este inmenso teatro que tiene por bambalinas el cielo, por bastidores el horizonte y por proscenio el mundo entero; en que han hecho de tramoistas hombres como Alejandro y Napoleon, de graciosos todos los cortesanos del universo, y de apuntadores todos los vicios humanos, carece de una revista en que, dejando aparte la gravedad de la historia, describa los principales papeles con el lapiz de Cham ó de Grandville. A este siglo que todo lo exagera, solo la caricatura puede simbolizarlo fielmente en la imprenta, como lo simboliza ya en el grabado. Tracemos, pues, la revista de este teatro en que se representan dramas que tienen la poesia de Victor Hugo, la verdad de Dumas, el sentimiento de Bouchardy; pero que ninguno de estos escritores ha trasladado á la escena, porque todos los vicios de una sociedad no caben en el palco escénico, como todas las pasiones humanas no caben en el corazon del hombre. Necesitan un campo mas vasto en que extenderse y desarrollarse; de otro modo romperian, como el vapor comprimido, las paredes que los encerrase. Ademas, espuestos esos vicios á la espectacion pública, no por eso se borrarían de la sociedad que ese mismo público constituye. *El teatro no corrige las costumbres*: ha dicho Larra; la sociedad tampoco.... ahí están los cadalsos que no me dejarán mentir. La pena de muerte es un borron de sangre en la página de las sociedades modernas. El público que asiste al teatro se rie de sus vicios; como el que concurre á los toros insulta al picador que sale bien librado de una suerte; como el que presencia una ejecucion pública se divierte con la serenidad ó la entereza del reo.

Volviendo á nuestro objeto, todos en este teatro que llamamos mundo concurrirnos al desenlace de un drama social, y todos somos actores de otro drama individual. Este drama no reconoce escuelas ni unidades. En él jamás triunfa la virtud: diferencia notable entre el

drama teatral y el drama humano. No existe la unidad de accion; el hombre que hoy es orgulloso por creerse independiente, incienza mañana la vanidad de un ministro. La unidad de tiempo es cuestion de audacia, y su cantidad está en razon inversa del número de méritos del protagonista. La unidad de lugar es un obstáculo á la ambicion de los actores, y todos procuran quebrantarla. Las entradas y salidas siempre están justificadas, lo que no sucede en la mayor parte de los dramas escritos. La fisonomia de cada actor está pintarrajeada segun su carácter; el papel que intenta representar. Corramos el telon de las apariencias, y pasemos en revista las cualidades mas culminantes de los principales actores.

El teatro representa un estenso paseo ocupado por una multitud que se apiña, empuja, pisotea y oprime. Ese paseo lleva un nombre que no merece. ¡Antifrasis sociales que hallaremos en muchas partes!

Ved ahí mugeres que ostentan en sus vestidos el oro de la vanidad, y que tienen sumergida su alma en el lodo de las pasiones. Características del drama social que adornándose con los atavios de damas jóvenes, viven condenadas á representar un papel que nunca está en su cuerda. Todo lo exageran... hasta el orgullo: *intolerabilis nihil est quam famina dives*.

Niñas que una mirada atrevida hace cubrir con el rubor de la vergüenza; esa capa de colorete teatral que pocas conservan hasta el fin del drama. La agitacion mundanal borra con las gotas del sudor el carmin de su semblante, como borran las lágrimas sinceras el dolor de un corazon abatido.

Jóvenes revestidos de un barniz social que oculta los defectos de una amazon humana llena de porosidades y de vicios. Papeles de calaveras que visten su cuerpo con los trages de la moda para ocultar los harapos de su alma.

Ancianos que el peso de la edad encorva hácia la tierra, pero que aun dirigen sus pupilas al mundo, que se aparta de ellos como un actor que desconfiando de sus fuerzas dirige al apuntador furtivas y desconsoladoras miradas. ¡Inteligencias débiles que nada han podido comprender en un siglo de aprendizaje!

Escritores políticos de doble-filo disfrazados con una opinion, y que redactan sus artículos con la hiel de sus rencores ó el incienso de sus ambiciones. Actores que cambian de traje á cada escena, y que ridiculizan con sus sarcasmos el manto que tal vez han llevado sobre sus hombros.

Jóvenes poetas que si el mundo no baña con los vapores del elogio, ellos mismos se erigen sacerdotes, y esclaman con Horacio: *non omnis moriar*.

Literatos de bohardilla, artifices de coplas, arlequines literarios que pretenden descalfar á Plauto de su coturno, y adornándose con las galas de un *vaudevillista* francés se creen los reyes de la escena y son los Comellas de la literatura dramática.

Envaneidos lacayos que visten con altivez la librea de la servidumbre, último resplandor de una época que borró del mundo la dignidad del hombre. Actores que siempre se presentan en público para recibir los silbidos de la platea. Sus galoneados vestidos son un *cuil* de insolencia. ¡Antitesis humanas! La virtud en la pobreza, la avaricia en el poderoso, la insuficiencia en el profesorado, la ignorancia en el favor, el orgullo en la mendicidad, la muerte en la vida...

Soberbios carruages en cuyas cajas se ven esculpidas las armas de la familia que encierran como la etiqueta de una sangre distinta de la de los demas hombres. Carruages que se elevan sobre el nivel de los otros actores, como el vicio sobre la virtud, como el lujo sobre la pobreza, y que ocultan entre mullidos almohadones á los Talmas, los Maigues y los Larriks del mundo teatral; notabilidades que jamás se acercan á las luces del proscenio por no confundirse con el tropel de espectadores. Son como el oropel de sus salones: brillan de lejos y á la luz artificial de la lisonja. Los directores de escena jamás se confunden con los histriones del arte dramático. La riqueza de sus trages es la capa de sus intrigas, como en el último periodo del reinado de Luis XIV se ocultaba bajo el destello de los diamantes la corrupcion de aquella corte. La ostentacion del vicio es tambien un lujo, y sus puertas son como las del infierno que describe Milton: una vez abiertas no se cierran jamás.

La degradacion de las virtudes humanas marcha siempre en sentido inverso á la posicion social, y la opulencia del cuerpo oculta siempre la miseria del alma; pero esa miseria que se arrastra para subir un escalon mas en las gradas de las vanidades humanas; esa miseria que *oculta la mendicidad bajo un titulo*, Balzac llama *española*, pero que es universal. Los accidentes de la organizacion humana no reconocen patria.

Ninguno como esos actores desempeña su papel; ninguno mejor que ellos hace aparecer en su semblante las sensaciones que fingen experimentar. Esas sonrisas que á veces divagan por sus labios son el sarcasmo de la satisfaccion; idioma universal de la inocencia, adule-

rado por los vicios de la corte. De la sonrisa cortesana al desprecio no hay quizá un paso, como del placer al dolor puede no haber siquiera un latido del corazón humano. Esas palabras que por las necesidades del drama dirigen algunas veces al público, halagan nuestros oídos como el sonido de una música armoniosa; pero distan de la verdad como la poesía del cálculo, como el recuerdo del presentimiento. Os recordaré á este objeto ciertos versos del octogenario Casti:

E il cortigiano in simular audace
vive talor fraternamente incieme;
ma d'amizizia sotto il vel coperto
cova nel cor d'immizizia il seme.

Dejémosles pasar sin desentrañar de sus almas los misterios que encierran; el desarrollo de ese drama pertenece á Dios. Nosotros solo hemos deducido del modo de presentarse en la escena pública la significación teatral, como en un cuadro corrido por el tiempo busca un iconómano los rayos característicos de un pintor famoso ó de una esclarecida escuela.

Tal es en resumen lo que se ofrece á nuestra vista en una pequeña parte del teatro del mundo; multiplicad los personajes y vereis la totalidad, vereis lo que dice Virey: muchísimos idiotas, poquísimos instruidos; muchos bárbaros, pocos civilizados; muchos pobres, pocos holgados; muchos inicuos, pocos virtuosos; muchos desventurados, pocos felices.

Sobre esa multitud que ligeramente hemos recorrido flotan una porción de palabras, como la espuma ligera de aquel brebaje humano agitado por los oscuros resortes de la voluntad. Recojamos esas palabras pronunciadas por las exigencias del diálogo ó por los recursos de la adulación.

Virtud, pundonor, probidad, desinterés, justicia, independencia, verdad, libertad, patriotismo, amistad, deber, honor, sacrificios...

Palabras divinas que el hombre pasea por el cieno del mundo para arrojarlas en seguida en el Ganges del olvido, como hacen los indios con sus imágenes. Cada generación tiene sus palabras como cada época sus hombres, como cada culto sus ídolos.

Palabras hermosas en que la corrupción social ha impreso ya su sello, y que, como otras muchas, no sabemos lo que quieren decir. Las conocemos por el sonido, como las palabras de la mujer que amamos, sin que estas y aquellas signifiquen algo.

Si por el eco de esas palabras llegais á la fuente de que han partido y demandais su significado, jamás obtendreis una respuesta. Es lo mismo que si preguntárais á un médico qué es vida; á un psicólogo qué es alma; á un geómetra qué es punto; á un mecánico qué es fuerza; á un físico qué es gravedad; á una mujer qué es virtud...

Si fundimos esa miscelánea de voces en el crisol de los años al fuego de la experiencia, hallaremos en el fondo una palabra sola á que todos rendimos culto: la *mentira* cubierta con la escoria de las pasiones. En esa palabra se reasumen todos nuestros sentimientos; es el único motor humano; es el *génesis* de toda consideración humana. ¿No habeis oído decir que en pos de la tumba está el mundo de la verdad?... pues es en contraposición sin duda del que habitamos, que es el mundo de la mentira. Oid al que os hable, y siempre podreis esclamarse con Argensola:

¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

Si generalizando las palabras de Juvenal podeis decir: ¿qué haremos en el mundo? yo no sé mentir; ó identificándose con el malogrado Larra preguntais:

¿Qué haremos por acá los que ignoramos
el fraude, y la lisonja, y la mentira,
y los que por orgullo no adulamos?

entonces quizá os espere el destierro del primero ó la desastrosa muerte del segundo. *Mentid y medrares*: hé aquí el epigrafe del código social, hé aquí el único precepto escrito en el album de todas las generaciones.

¡La verdad! dadme la linterna de Diógenes, que quizá en un siglo de palabras sea más fácil hallar una sola que un hombre en los tiempos de aquel filósofo. La buscaré en esos prólogos escritos por un amigo del autor de la obra en que aparecen; en esas revistas bibliográficas escritas por un deber de amistad ó por satisfacer una deuda igual; en esos anuncios en que habla el editor por boca del autor; en las biografías de los prohombres de un partido político que se halle en el poder; en los artículos de fondo de un periódico de la situación; en los juramentos de un hombre que ama, y en los de la mujer que le corresponde; en los bandos de policía urbana; en los adornos escénicos y en los

trages de un teatro de segundo orden; en los diputados que no hablan y en cualquiera que hable mucho...

Descritos ya los personajes que á la voz de otro Ginesillo hemos de sacar á relucir en nuestro retablo; manifestado el valor de ciertas palabras como la exposición del drama que aquellos están llamados á representar, dejaremos para otra revista el relato de algunas escenas si tenemos tiempo y humor para abrazar la péñola satírica. Estos monumentos destinados á motejar nuestras mismas faltas, son intermitentes: es la fiebre del escritor que destila las más amargas verdades al través del risueño tejido de sus artículos; verdades derramadas á torrentes sobre su cabeza, y de las que solo se desprende lentamente como un avaro que va mermando un tesoro moneda á moneda... dejaría de ser hombre si la hiel de su corazón la escupiese de golpe sobre la víctima que desea atormentar poco á poco.

RAMON RUA FIGUEROA.

A UNA NUBE.

SONETO.

¡Qué hermosa vas del huracán violento,
nube ligera, en las tendidas alas!
¡Qué rauda cruzas las etéreas salas
cambiando formas á merced del viento!

Del sol poniente al rayo macilento
cándida brillas y á la nieve igualas,
y embebecido en tus lucientes galas
te sigue con afán mi pensamiento.

Así también, del fuego en que aun me abraso
al empuje febril, mi fantasía
ciega y brillante se entregó al acaso;

Y vió caer también su hermoso día;
y el sol de la esperanza en el ocaso
también su última luz al alma envía.

J. ROMEA.

Santander—julio—1849.

Véase en el siguiente estado cómo apreciaba Mr. Akenside, en el último siglo y bajo la influencia de la escuela clásica francesa, á los diferentes poetas del mundo:

	Composicion general.	Situacion pátrica.	Movimiento dramático.	Belleza de expresion.	Gusto.	Colorido.	Verificación.	Moral.	Valor total.
Ariosto.....	»	45	40	45	44	45	46	40	45
Boileau.....	48	46	42	44	47	44	45	46	42
Cervantes.....	47	47	45	47	42	46	»	46	44
Corneille.....	43	46	46	46	46	44	42	46	44
Dante.....	42	45	8	47	42	45	44	44	45
Eurípides.....	45	46	44	47	45	44	»	45	42
Homero.....	48	47	48	45	46	46	48	47	48
Horacio.....	42	42	40	46	47	47	46	44	45
Lucrecio.....	44	5	»	47	47	44	46	»	40
Milton.....	47	45	45	47	48	48	47	48	47
Molière.....	45	47	47	47	45	46	»	46	44
Pindaro.....	40	40	»	47	46	»	»	47	45
Pope.....	46	47	42	47	46	45	45	47	45
Racine.....	47	46	45	45	47	45	42	45	45
Shakspeare... »	48	48	48	40	47	40	48	48	48
Sófocles.....	48	46	45	45	46	44	»	46	45
Spencer.....	8	45	40	46	47	47	47	47	44
Tasso.....	47	44	44	45	42	45	46	45	42
Terencio.....	48	42	40	42	47	44	»	46	40
Virgilio.....	47	40	47	47	48	47	46	47	46

Tal es la opinión de Mr. Akenside, con la que no estamos enteramente conformes. La presentamos solo como un documento curioso, que no siendo por otra parte más que la opinión aislada de un hombre de elevada inteligencia, sabrá rectificar la de aquellos de nuestros lectores entendidos en la materia.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacométrezo, 26.